

La Política, Asunto Brutal y Descarnado

Síndrome de la Cámara Oscura

- ★ Celebran el Triunfo del Capital el Primero de Mayo
- ★ Contraproducente, Tanta Irrealidad Proporcionada
- ★ Se Pierde la Efectividad si se Abusa del Espejismo

LORENZO MEYER

Es un hecho desafortunado pero mil veces comprobado: en términos generales, el compromiso básico del político no es con la verdad sino con la efectividad para lograr y mantener el poder. Y en ciertos momentos y circunstancias la efectividad consiste en hacer aparecer como real lo que no es sino un espejismo, un acto de ilusión.

Ahora bien, la irrealidad tiene límites, y si al político se le pasa la mano en insistir que lo blanco es negro, puede cometer el error fatal de su oficio: dejar de ser efectivo.

Hace mucho tiempo uno de los clásicos de la sociología, Emile Durkheim, nos advirtió que en relación a los procesos sociales había una realidad aparente y una realidad real y aquí la redundancia no es gratuita sino necesaria. En efecto, mientras la realidad aparente es siempre, por definición, visible, puede ser, a la vez, únicamente una delgada cortina detrás de la cual sólo hay un vacío o una máscara de otra realidad muy diferente, incluso opuesta a la primera. Esta segunda realidad, la verdaderamente real, es la que es importante y la que debe de ser mostrada por

Síndrome de la Cámara Oscura

Signo de la primera pléne

el análisis científico, y ser el punto de partida de toda acción que intente ser transformadora del entorno social.

Con su propia investigación, Durkheim mostró que hay fenómenos aparentemente individuales (el suicidio) que en realidad son resultado de fuerzas colectivas; que igualmente hay otros que podemos ver o palpar pero cuya base ya está carcomida y su desaparición es inevitable (la esclavitud en Estados Unidos a mediados del siglo pasado, por ejemplo). En contraste, puede haber procesos sociales en gestación que no son obvios pero que ya tienen raíces y que tarde o temprano emergerán a la superficie (el proceso que habrá de conducir a la igualdad efectiva de derechos y obligaciones entre hombres y mujeres arrancó desde hace buen tiempo, pero sólo ahora se hace evidente a todos).

La confusión entre estas dos realidades sociales—la aparente y la verdadera—ocurre donquiera, y es justamente lo que hace difícil pero interesante a la ciencia social. Ahora bien, en México la frecuencia y magnitud de la confusión, especialmente en la esfera de

lo político, es francamente de llamar la atención... y da preocupar, pues va más allá de lo normal para entrar en el terreno de lo patológico. Entre nosotros ya se ha abusado del ilusionismo, de hacer pasar por verdades cosas que no lo son, como llamar elección a lo que, en el mejor de los casos, ha sido referéndum, llamar partido político a lo que en realidad es una mera extensión de la burocracia federal, denominar federal a un sistema que en la práctica es kerzontismo centralista, llamar representantes populares a quienes son únicamente instrumentos de la voluntad presidencial, etcétera.

Hace años, al principiar el sexenio de Miguel de la Madrid, don Jesus Reyes Heróles se refirió al populismo como un síndrome del sistema político mexicano, es decir, como un complejo de manifestaciones o síntomas externos de un mal profundo. Ahora deseo proponer que ingrese al diccionario de la patología del sistema político mexicano otro síndrome, más veje que el primero y, quizá, más dañino: el de la realidad aparente o irrealidad, pero al que también podemos llamar de manera más científica el síndrome de la cámara oscura.

Como recordará el lector, el fenómeno de la cámara oscura consiste en la distorsión que la imagen de la realidad sufre al pasar por una lente y reflejarse en un fondo. En ese reflejo lo que realmente está arriba aparece abajo y lo que es blanco se ve negro.

Si usando nuestra imaginación pudiéramos eliminar el efecto o síndrome de la cámara oscura de nuestra realidad, el espectáculo que aparece en la mente puede resultar, a la vez, fascinante y brutal... y más real de lo que percibimos nuestros sentidos. Hagamos el ejercicio con algún ejemplo reciente de una obvia realidad aparente. Tomemos el 10 de mayo y quitémosle los efectos del síndrome.

Ese día, si hubiera triunfado la verdadera realidad sobre la falsa, quienes hubieran desfilado en solidaridad con el gobierno hubieran sido quienes le apoyan: los empresarios y no los obreros, pues entre los factores de la producción quienes realmente están entusiasmados—esperanzados—con la política económica de la modernidad neoliberal son los empresarios, en particular pero no exclusivamente, los grandes. En cualquier caso, es evidente que con la pérdida sistemática y por siete años del poder adquisitivo, con la poca combatividad de los líderes de los sindicatos oficiales y con la reacción negativa y dura de las autoridades de la Secretaría del Trabajo contra los sindicatos independientes, los trabajadores organizados no tienen razón objetiva para demostrar su apoyo al gobierno el 10 de mayo o

cualquier otro día. En cambio, los empresarios sí.

Para la clase empresarial la agenda gubernamental en materia económica es la correcta; la disminución del déficit fiscal y del papel del Estado en el proceso productivo, la apertura de la economía al intercambio con el exterior, la modificación de la legislación sobre la inversión extranjera, la negativa a declarar la peligrosa moratoria ante una deuda externa que está siendo pagada con el bienestar de los sectores mayoritarios, la imposición de topes salariales, etc.

Y la lista de beneficiarios del sector privado mexicano no se concreta a las medidas económicas. A ellos, a los capitanes de industria, también les han parecido formidables las acciones presidenciales en contra del corporativismo, en contra de liderazgo obrero tradicional: el encarcelamiento de "La Quina" y el abandono de Jonguitud a su propia suerte. Desde hace tiempo, nuestro sector empresarial consideraba que el gobierno irritaba innecesariamente a Estados Unidos con su insistencia en el mantenimiento del principio de no intervención en la Centroamérica y su resistencia a dar un golpe duro al narcotráfico; ahora la declaración sobre Panamá y la captura de Félix Gallardo—ambas muy bien recibidas en los círculos oficiales de Washington—son vistos por los dirigentes del capital como dos pasos en la dirección correcta.

Por lo anterior, si no existiera el síndrome de la cámara oscura, México y el mundo hubieran disfrutado el primer día de mayo de un espectáculo donde los marchistas del zócalo hubieran sido menos de los que fueron pero de más "clase" y su entusiasmo hubiera sido genuino. El boleto para participar en el desfile no hubiera sido visto como símbolo de humillación sino de exclusividad, y con seguridad se hubiera pagado para adquirirlo. En cualquier caso, no hubiera habido necesidad de concentrar ese día 40 mil policías y soldados, perros y caballos en el zócalo en previsión de posibles desórdenes entre los manifestantes; si algo de la política oficial tiene un poco resentidos y temerosos a algunos empresarios es el caso Legorreta, pero es un tema menor. La marcha hubiera concluido con una gran comida y cordial convivencia entre los miembros del gabinete, el ágape hubiera podido ser ostentado por las cámaras de industria y comercio en algún sitio amplio pero de buen gusto, y la conversación de la sobremesa hubiera reforzado la convicción de todos de que México marcha por el sendero correcto.

En una celebración como la que imagino, donde cam-

peara la realidad real y no la triste e increíble realidad aparente que fue el signo dominante en la marcha obrera, se hubieran presentado todos los apoyos genuinos—y así típicos—del gobierno. Así, no sólo se hubieran dado cita la alta burocracia federal, del PRI y el resto de los partidos paraestatales y de las organizaciones sindicales oficiales, sino también representantes especiales de los gobiernos de Estados Unidos (el embajador Negroponte, por razones ajenas a su voluntad, se hubiera perdido el espectáculo, pero estaría el encargado de negocios de la embajada y, desde luego, un representante personal del Presidente Bush y otro del secretario del Tesoro), de Japón y de las principales naciones europeas acreedoras de México, empujando por el de Gran Bretaña. Mezclados con los diplomáticos, se encontrarían representantes de las instituciones financieras internacionales—en particular del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional—, departiendo en inglés con el delegado apostólico y sus compañeros obispos—vestidos justamente como la etiqueta prescrita por la Constitución no aconseja—que ya anticipan el fideum en catedral en honor de la modernización.

En fin, la transmisión por radio y televisión de tan notable acontecimiento—el 10 de mayo como celebración del triunfo del capital sobre el trabajo—no hubiera requerido de banñas de guerra y música para ahogar protestas—quizá sólo algunos cuantos empresarios pequeños, ahorrados de la protección arancelaria, se hubieran animado a protestar pero sus lemas hubieran sido acallados por las miradas fulminantes y los vivas de la mayoría al Presidente y a la modernización—, ni de los cortes de las escenas, en vivo para sustituir rostros que eran el espejo mismo de la ausencia de esperanza y entusiasmo, por documentales prefabricados por la televisión oficial donde ágapes obreros, bien comidos y bien vestidos, derrochan entusiasmo en el desempeño de sus tareas cotidianas, como si fueran estajanovistas de la época de Stalin.

En conclusión, la política es en todas partes y épocas un asunto tan brutal y descarnado—en momentos extremos, es la razón política la que decide quién ha de vivir y quién ha de morir—, que necesita una fuerte dosis de irrealidad para ser tolerada por el ciudadano o súbdito común. Sin embargo, tanta irrealidad como la que nos proporciona la clase gobernante mexicana es contraproducente. Y si no se puede acabar con la enfermedad de fondo, por lo menos sería prudente atemperar los síntomas, porque de lo contrario nadie va a tomar en serio nuestra modernidad.